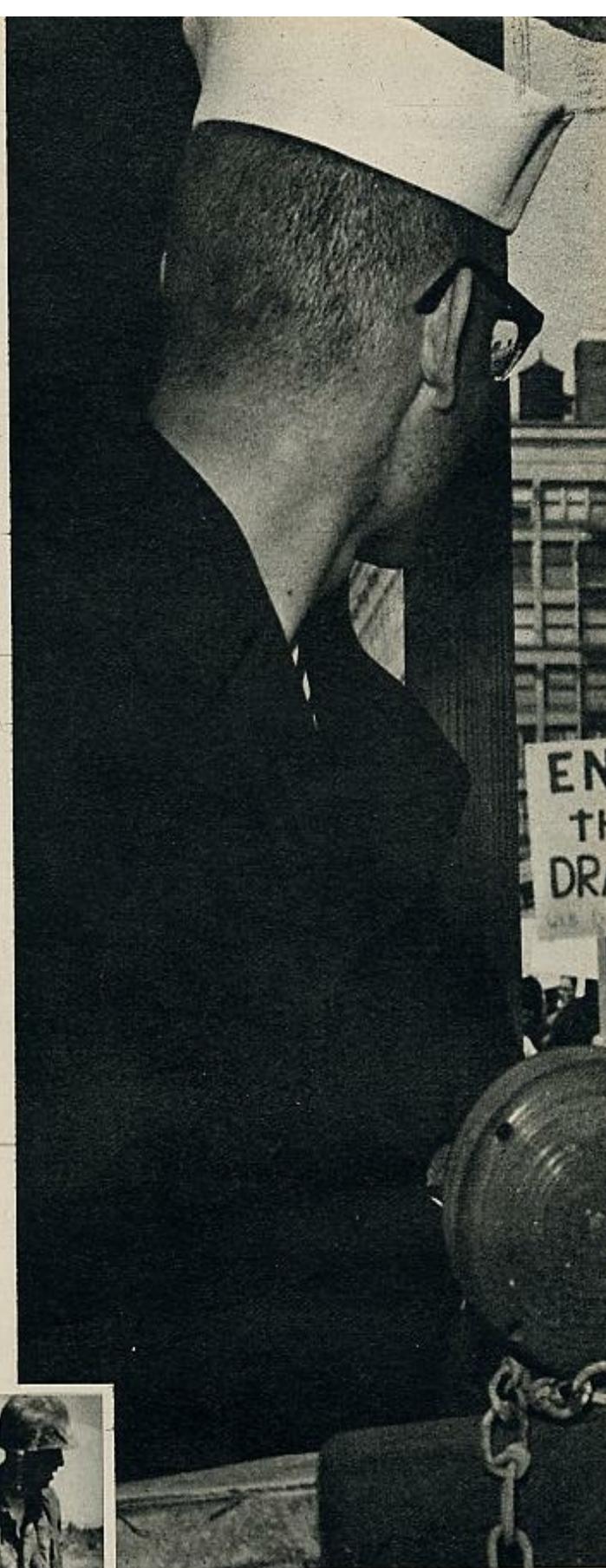


# U.S.A.

## A LA HORA

# II V II

Por JACQUES AMALRIC



La trágica realidad vietnamita tiene su reflejo en los Estados Unidos



# EL EXILIO INTERIOR y (II)



La izquierda, prisioneros del Vietcong conducidos por los norteamericanos. Arriba, manifestación estudiantil contra los bombardeos y la guerra desfilando por las calles.

**L**a escena tiene algo de extravagante, de surrealista: sesenta "marines", en uniforme de desfile, están firmes en la escalinata exterior de un inmenso edificio, un poco anticuado, mientras un oficial lee la orden del día: "Los hombres —decía— no luchan porque hayan elegido hacerlo... La guerra no es el resultado de una elección política, es irracional, nos hemos visto obligados a guerrear". De pronto, algunos

gritos lanzados sin demasiada convicción resueñan: "¡Háblanos de Vietnam! ¡Basta de napalm!"... Pero nadie les reprende. La agitación habrá desaparecido por completo cuando suene la fanfarria militar final eclipsando los ritmos discutibles de una orquesta de "rock and roll" próxima. No son unos "marines" pacifistas los que han intentado perturbar la tradicional ceremonia del Día de los Veteranos, el día de los excomba- **SIGUE**

tientes, sino algunos elementos más audaces que los otros de la nueva izquierda norteamericana. Porque estamos en su templo, en Berkeley, el «campus» más avanzado, pero también el más agitado de la Universidad de California, delante del pabellón administrativo, del que los estudiantes se apoderaron hace dos años para protestar contra las limitacio-

nes de la actividad política que quería imponerles el canciller en el interior de la Universidad.

El escándalo hizo mucho ruido entonces, porque, para poner fin a esta huelga de un género totalmente nuevo, la administración, completamente desbordada, llamó a la Policía; más de 800 cuerpos inertes hubieron de ser sacados con grandes trabajos por los po-

licías, para transportarlos desde el edificio hasta sus furgones. Comenzada a medianoche, la operación estaba lejos de estar terminada al amanecer. A las ocho de la mañana, el escándalo fue así completo: numerosos estudiantes y profesores que acudían a sus clases pudieron, en efecto, asistir al transporte de sus compañeros.

La mayoría de los 27.000 estudiantes del «campus» y muchos profesores condenaron tales métodos, y el presidente de la Universidad, Clark Kerr, acabó por aceptar las principales reivindicaciones del movimiento para la libertad de palabra, y nombró un nuevo canciller. Los estudiantes obtuvieron satisfacción: todos los días, desde las doce a la una de la tarde, veían reconocido su derecho de utilizar las gradas del Sproul Hall con fines políticos y de instalar delante del pabellón administrativo diversas tribunas defendiendo las ideas de cada grupo político. El conflicto sólo se apaciguó momentáneamente; se recrudeció, en especial, en noviembre y diciembre últimos, cuando la administración intentó desplazar el lugar de la reunión cotidiana un centenar de metros más allá. Sin embargo, no alcan-

zaría tanta intensidad como en diciembre de 1964.

### un nuevo «potemkin»

La primera «batalla» de Berkeley permanecerá, en efecto, como una fecha esencial en los anales del movimiento estudiantil norteamericano; marca el fin de la apatía de la juventud intelectual, que el maccarthismo no fue suficiente para despertar, y marca —podría marcar, más bien— su reaparición vigorosa en el escenario político. Algunos responsables del movimiento llegarán a hablar de un nuevo acorazado «Potemkin». La imagen, ciertamente, da ganas de sonreír; los fundamentos de la Universidad de California quedaron ciertamente quebrantados, pero no los de Estados Unidos. Ellos, sin embargo, no sonreían; con la cara seria, rodeada por una barba de profeta, mostrando los estragos de las noches sin sueño y a veces de la droga, ese L. D. S., que la insignia prendida de sus pechos aconseja preferir a L. B. J. ¿Olvidan la ambigüedad del «Free Speech Movement», que agrupaba



También la comunidad católica norteamericana se ha visto afectada por la guerra del Vietnam. Mientras unos católicos —una minoría— se muestran partidarios del cese de la Administración Johnson. Arriba, monseñor Spellman que se encuentra entre estos últimos. Abajo, veteranos de la guerra mundial se manifiestan por



en sus comienzos tanto a marxistas-leninistas como a partidarios de Barry Goldwater, o habrían encontrado una solución al problema que se les presentaba hace dos años: el de hacer desbordarse a un movimiento no estructurado, pero relativamente espontáneo, y de darle la mayor eficacia política posible?

Así planteada, la pregunta irritará a bastantes de mis interlocutores. «Usted razona —me dirán— como europeo obsesionado por la eficacia de la política a corto plazo; ahora bien, lo que buscamos es una revolución de la política en este país. Por tanto, no podemos entrar en el juego de los dos partidos. Para nosotros, Johnson es lo mismo que Goldwater, Reagan es lo mismo que Brown. Sencillamente, el uno oculta mejor su juego que el otro: es, por tanto, más peligroso».

A pesar de esas manifestaciones de pureza, algunos miembros de la nueva izquierda californiana no han dejado de comprometerse en la política. Fue en la primavera del año pasado, con ocasión de las «elecciones primarias» para la designación de candidatos



El «campus» de la Universidad de Berkeley. De esta Universidad salieron los primeros movimientos estudiantiles liberales, anti-segregacionistas y antibelicistas que marcaron el fin de la apatía juvenil tras la gran presión política del maccarthismo.

demócratas a la Cámara de Representantes. Los tres miembros de la nueva izquierda, comprometidos en la carrera electoral, fueron ciertamente vencidos, pero muy honrosamente. Uno de ellos, Robert Shoen, de la revista mensual católica progresista «Ramparts», que había centrado su campaña sobre el problema de los derechos civiles y de la lucha contra la guerra de Vietnam, llegó a obtener el 45 por ciento de los votos. Pero la esperanza de reformar, no ya el partido demócrata entero, sino simplemente el de California, parece haber desaparecido hoy. ¿Cómo interpretar de otra manera la actitud adoptada por «Ramparts» a favor de la abstención de la competición electoral que oponía al gobernador del Estado, el demócrata Pat Brown, al ultra-conservador Ronald Reagan?

### Insurrección en vaso cerrado

La tentativa del grupo de «Ramparts» tuvo otro resultado, el de sacar a la nueva izquierda de sus ritos, de su exilio interior, simbolizado por las pequeñas tribunas que aparecen todos los días en Berkeley entre las doce y la una y que propugnan tanto el estableci-

miento del comunismo chino en los Estados Unidos como la institucionalización del amor libre, la proscripción de la guerra, la ayuda a los países subdesarrollados, la práctica de los alucinógenos, la prohibición de la pena de muerte, la revolución cubana, el «poder negro» o las virtudes de los clubs socialistas independientes. Fue durante la campaña de las «elecciones primarias» cuando culminaron las grandes manifestaciones contra la guerra de Vietnam, los proyectos de agitación política y social en los ghettos negros próximos. Pero este movimiento de apertura al mundo exterior pronto perdió aliento: en todo caso no parece haber resistido al fracaso electoral de la primavera pasada.

La nueva izquierda de California ha vuelto hoy a su punto de partida, es decir, el «campus» de Berkeley, que está en trance de convertirse en su ghetto. Encerrada en sí misma, vive en su mundo de protesta sistemática, cada vez más aislada de las realidades y de Norteamérica. Sus principales actividades se limitan al mitin diario, donde la contradicción es tanto menos tolerada cuanto que es más relativa, y a boicotear a cualquier profesor acusado no de ser favorable a la guerra de Vietnam, sino de ser «demasiado blando» en la oposición (un diplomático

**U.S.A.  
A LA HORA  
"V"**

soviético visitante fue sometido al mismo tratamiento que amenaza igualmente a todo miembro del gobierno que se atreviese a aventurarse en el «campus»).

Desde hace algunos meses, el movimiento tiene también su biblia. No es ni «El Capital» ni la «Enfermedad Infantil del Comunismo», ni los pensamientos de Mao Tse Tung, sino la obra de Bárbara Garson, una joven estudiante de Berkeley: «Mac Bird» (1). Con un innegable aliento shakespeariano, la obra no relata otra cosa que el asesinato de John Kennedy-Ken O Dunc por Johnson-Macbeth, entre las risas satisfechas de Lady Mac



Portada de la revista mensual católica progresista «Ramparts», que sostiene el abandono de la aventura belicosa en el Vietnam y las negociaciones de paz.

Bird y sus hijas. El ejercicio estilístico, en sí mismo, sólo sería condenable desde el punto de vista de las reglas del buen gusto. De hecho, adquiere una significación completamente distinta en Berkeley y en la mayoría de las comunidades intelectuales norteamericanas. Varios estudiantes han evocado esta obra delante de mí en términos habitualmente reservados a las acciones brillantes o a los gestos desesperados: «Es la primera vez que alguien se atreve a acusar a Johnson de haber mandado asesinar a Kennedy. Aunque haya sido obligada a decirlo en forma de sátira, Bárbara no teme proclamarlo». Bárbara Garson, en efecto, no lo teme. En todo caso, es algo inquietante **SIGUE**

(1) Sobre esta obra publicó TRIUNFO un amplio reportaje en su número 260.

que sus fieles cada vez más numerosos entre la nueva izquierda, confunden hasta este punto el humor negro y la investigación histórica, para contentarse con una «verdad» tan precaria. Ciertamente, toda revolución engendra sus mitos, ¿pero qué puede ser de una revuelta que adapta tan fácilmente la realidad a sus deseos?

Desbordada por este clima de insurrección en vaso cerrado, la administración de la Universidad multiplica durante este tiempo las equivocaciones y las provocaciones, autorizando, por ejemplo, a la Marina o a una compañía química conocida por fabricar napalm, a instalar una oficina de reclutamiento en pleno Hogar del Estudiante.

## un fenómeno de cansancio

De esta manera, cuanto más endurece sus «opciones» y más limita su campo de actividad, la nueva izquierda pierde más el auditorio que supo ganar cerca de la masa estudiantil y en el exterior de las Universidades. Este movimiento de alejamiento no es sólo sensible en California, sino también en todos los demás Estados del país, donde comienza a aparecer muy claramente un fenómeno de cansancio: éste queda muy netamente amplificado por la inutilidad aparente de los esfuerzos desplegados por los enemigos «tradicionales» de Johnson (es decir, por el grupo de parlamentarios dirigidos por el senador William Fulbright) y por el silencio prudente y ambiguo de Robert Kennedy frente al conflicto vietnamita.

«¡Manifestaciones, manifestaciones! ¿Y luego, qué? No podemos desertar ni empaparnos en gasolina para quemarnos... ¿Pero qué otra cosa podemos hacer sino caer en la depresión nerviosa, como le sucedió a Fulbright cuando comprobó la inutilidad de sus encuestas sobre la guerra?», exclamaba un joven estudiante de Harvard, que reconocía la pérdida de prestigio de la causa de los derechos civiles en su ambiente. Porque la nueva izquierda, ya sea negra o blanca, sólo practica la colaboración entre razas «en la cumbre». En la base, se ha adherido a la doctrina, muy imprecisa aún, del «poder negro». «A cada uno le corresponde limpiar sus cuadras, tanto a los negros como a los blancos», me ha declarado un responsable de Berkeley. «Luego nos encontraremos».

¿Esta evolución resulta de una línea táctica cuidadosamente ela-

borada? No parece así. Se trataría más bien de un «reajuste» que se ha hecho necesario por la conversión al «poder negro» de dos de las principales organizaciones con las que trabajan los progresistas blancos: el Comité de Coordinación de los Estudiantes no violentos (S. N. C. C.), con su presidente y teórico Stokely Carmichael, y el Congreso para la Igualdad Racial, los cuales han hecho saber que deseaban frenar el alistamiento de blancos «de buena voluntad» en sus filas, para no desnaturalizar su acción. A esta prohibición a medias se ha añadido igualmente una inquietud confusa, resultado de los motines raciales de los dos últimos años. El hecho es que los blancos van cada vez menos a militar en el Sur durante los meses de verano. El apoyo a la lucha de los negros radicales se va haciendo cada vez menos material y cada vez más moral o ideológico, cuando no desaparece por completo, sumergido por el temor que sienten algunos de haber fomentado en su seno el antiamericanismo.

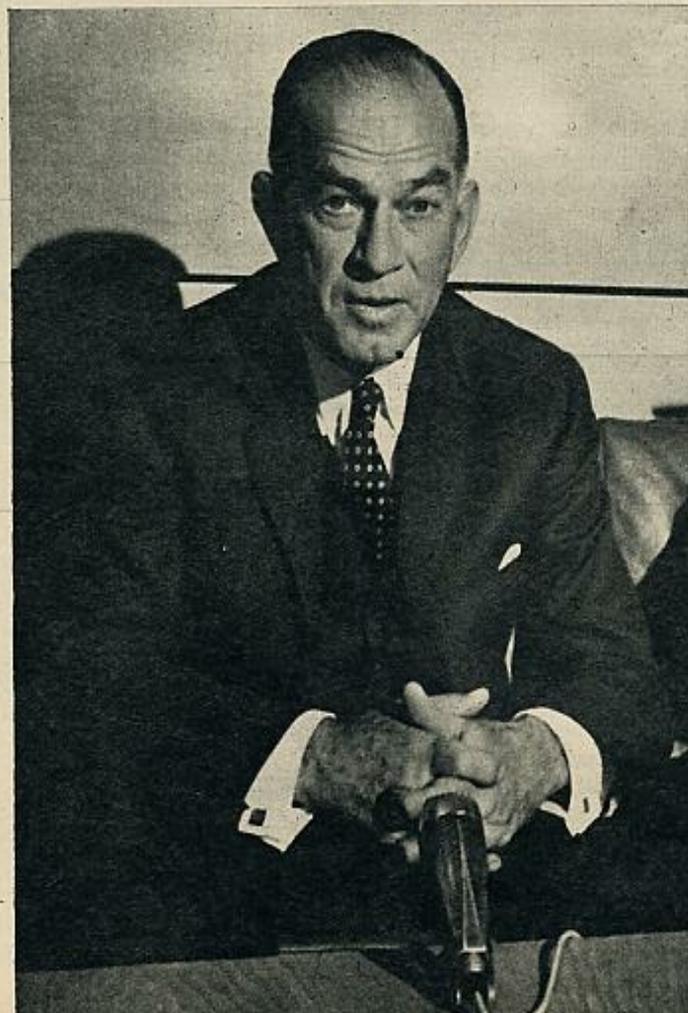
Aunque haya llegado a situarse al margen de la causa de los derechos civiles, la nueva izquierda no por ello ha dejado de lanzar

de nuevo, con la ayuda de la guerra de Vietnam, un viejo tema muy querido de los progresistas norteamericanos: la formación de un vasto frente birracial. Pero aquí también, los nuevos radicales parecen haber quedado un poco desconcertados por lo que algunos de ellos llaman «la falta de conciencia política» de la masa negra.

## la igualdad ante la muerte

A falta de toda clase de sondeos sobre la actitud de los negros norteamericanos respecto a la guerra, es difícil hacerse una idea exacta de la situación. No puede dudarse, sin embargo, que la población negra, exceptuada la burguesía, está mucho más preocupada por las consecuencias directas o indirectas de un conflicto en el que sus hijos participan en proporción doble que los blancos. Pero el apego de los negros a su condición de norteamericanos, veinte años de anticomunismo sistemático, la ruptura de ciertas estructuras sociales tradicionales, explican ciertas paradojas, de las que no es la menor

El senador Fulbright se encuentra a la cabeza del grupo senatorial demócrata que se opone a la guerra en Vietnam. Su prestigio ha aumentado considerablemente.



la que exponía de la siguiente manera un joven maestro negro de Oakland (California): «Usted me pregunta por qué parecemos tan poco interesados por la guerra de Vietnam. Quizá todo sea porque no queremos servir de chivos expiatorios en caso de un sobresalto patriótico de la población blanca. Ciertamente, los barbudos de la nueva izquierda tienen razón, pero, si somos atacados, ¿quién nos defenderá? Ellos vienen libremente a nuestros ghettos. Pueden salir de ellos cuando quieren. Nosotros estamos encerrados en ellos. Otra razón, más trágica, es que los negros tienden siempre a considerar las guerras como una especie de oportunidad, en todo caso una ocasión que debe aprovecharse. Para el negro, en este país, cada guerra ha parecido anunciar un paso adelante. En cada guerra que ellos desencadenan, los blancos han tenido una mayor necesidad de los negros. Aún existían unidades enteramente negras durante la guerra de Corea. Esto no existe en Vietnam. Pero también los blancos se equivocan: nos dan allí malas costumbres. ¿Se acuerda usted de los motines negros de los años veinte, después de la primera guerra mundial? También entonces la guerra dio malas costumbres a los soldados negros. Esta vez sucederá lo mismo: nada será igual después de la guerra. Claro que siempre se puede dar marcha atrás, pero esto no se hace sin trastornos, sobre todo cuando acaban de enseñarnos a matar en nombre de la libertad... Se equivocan todos esos periódicos que escriben grandes artículos para explicar que Vietnam es la igualdad del negro. La igualdad ante la muerte...».

Tres semanas más tarde, en algún lugar de la zona de Danang, un «marine» negro, empapado, fastidiado, cubierto de barro, que acababa de pasar la noche acechando a «Charlie» desde el fondo de un agujero medio lleno de agua, iba a ser más explícito: «Me he alistado porque no tenía nada más que hacer. Luché porque tengo que hacerlo. Sigo el juego... Esta noche, en el agujero, estaba con Lee, creo que es un sudista. En los Estados, es un racista. Aquí no puede serlo, y eso está bien. Pero no soportaré que vuelva a serlo en la patria. Creo que no se lo aguantaría a nadie».

## ¿la movilización?

«Hubiera deseado decirle que el conflicto está casi terminado. No puedo hacerlo. Mayores gas-

tos, más fuertes pérdidas, angustias más vivas nos esperan. Porque no se vislumbra el final. No puedo prometeros que venga este año o el año próximo... hace falta paciencia, mucha paciencia...».

Debió de costar mucho al Presidente Johnson trazar en su mensaje sobre el estado de la Unión un cuadro tan escasamente seductor de la situación política y militar en Vietnam. Sería, sin embargo, sorprendente que el jefe de la Casa Blanca hubiera cedido al desaliento; nada en su larga carrera política indica que esté dispuesto a este género de desfallecimiento. Sin duda ha estimado más bien, aprendiendo aquí la lección de su baja de popularidad, que conviene ahora colocar a la opinión pública, al mismo tiempo que a sus detractores, frente a sus responsabilidades y a las realidades de la guerra. ¿Acaso no demostró el segundo conflicto mundial que, después de todo, Norteamérica reacciona «bien», sobre todo ante la adversidad?

Es demasiado pronto aún para afirmar que el mensaje presidencial del 10 de enero haya marcado un cambio de rumbo en la política vietnamita de los Estados Unidos. Pero no por ello deja de marcar, en todo caso, una seria evolución de la estrategia del Presidente con respecto a sus gobernados: la dificultad del conflicto no es ya sistemáticamente subestimada, sino, por el contrario, exaltada, como si se tratase de incitar al país a crecerse una vez más.

Las últimas palabras del Presidente no fueron acogidas con entusiasmo por los norteamericanos; sin embargo, muchos de ellos debieron lanzar como un suspiro de alivio al comprobar esta adecuación de la palabra a la realidad. Entre ellos figura, sin duda, ese joven funcionario de la Embajada norteamericana en Saigón, que me decía: «En Washington están todavía en la guerra del Pacífico o en la de Corea; quieren cifras de muertos, de heridos, de pasados, de controlados, de prisioneros, de infiltrados... Entonces nosotros les enviamos cifras y ellos las interpretan. Pero el pueblo norteamericano no sabe que las estadísticas aquí no significan nada... No se da cuenta de que estamos en plena guerra ideológica y que, fuera del comunismo, no hay ninguna ideología en Vietnam del Sur. No sabe tampoco, porque no se lo han dicho, que es precisa una generación para forjar una: por lo menos veinte años...».



A la izquierda, McNamara, secretario de Defensa; a la derecha, Dean Rusk, secretario de Asuntos Exteriores. Los dos se encuentran en la línea «dura». Rusk sostiene posiciones a veces más extremadas que su compañero de Administración.

### dejar de sentirse «culpable»

¿Quiere decir esto que, si se le pone con la espalda a la pared, el pueblo norteamericano se «crecerá», encontrará en él la energía necesaria para expulsar al comunismo de Vietnam del Sur y para hacer «morder el polvo» al del Norte? No forzosamente. Pero, avisada así del «reto» que se le ha lanzado, una mayoría de norteamericanos puede perfectamente picarse en el juego de la guerra, elevar el problema al primer rango de sus preocupaciones, del que hoy no ve más que ciertas consecuencias «domésticas», y movilizarse de algún modo. Algunas personas próximas a la Casa Blanca dan a entender que si el Presidente no ha seguido el consejo de sus principales asesores económicos aumentando los impuestos —con el riesgo de fomentar un estancamiento económico ya bien real en ciertos sectores—, es tanto para hacer «par-

ticipar» a cada ciudadano en el conflicto como para mantener el déficit presupuestario en proporciones razonables. Así cada uno se sentiría directamente interesado en la gestión de la empresa de la guerra, lo que pudiera traducirse, tanto para los vietnamitas del Norte como para los del Sur, en nuevas destrucciones, más muertos y nuevas «reagrupaciones». Repitiendo la siniestra «palabra» del vicepresidente Humphrey, nadie se sentiría ya «culpable» de no participar directamente en el conflicto.

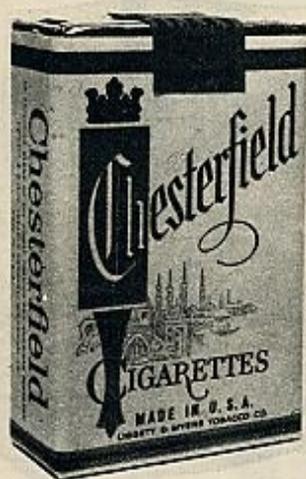
Si se exceptúa a los diferentes «clanes de paz», ya se manifiestan adeptos al marxismo-leninismo o a un humanismo integral mitigado por nostalgias aislacionistas, sorprende en efecto comprobar lo poco que la guerra de Vietnam turba la conciencia de un pueblo reputado por su preocupación moral al abordar los problemas. Aquí a nadie se le ocurre decir «no, sabemos». Las explicaciones son prosaicas y re-

**U.S.A.**  
**A LA HORA**  
"V"

cuerdan extrañamente las que corrieron hace algunos años en Francia: «No hay ninguna guerra limpia», «Es el Vietcong el responsable de las atrocidades», «El terrorismo encierra siempre excepciones». Porque el norteamericano medio, aunque no procure informarse especialmente, no puede dejar de ignorar los múltiples rostros de la guerra: las fotografías de torturas —cometidas, es cierto, por sudvietnamitas interpuestos— son frecuentes en una prensa cuyos corresponsales no ahorran ningún detalle a sus lectores. Las cadenas de televisión no se quedan atrás. Una de ellas habla incluso de filmar un combate «en directo».

Esta masa de informaciones, que peca sobre todo por la ausencia de preocupación política a largo plazo, no deja de ser ampliificada y difundida bajo una nueva forma por ciertos medios políticos, intelectuales y religiosos del país. Las declaraciones y manifestaciones de sacerdotes, rabinos y pastores contra la guerra de Vietnam son incontables. Es, sin embargo, de los medios protestantes y judíos de donde emanan las actitudes más firmes, las que suscitan menos críticas en el interior de las comunidades, cuyos sentimientos se supone que traducen. Basta, para convencerse de esto, comparar los textos relativos al Vietnam adoptados recientemente por la Asamblea General del Consejo Nacional de las Iglesias de los Estados Unidos (que comprende representantes de las grandes confesiones protestantes) y por la asamblea plenaria del episcopado católico norteamericano; mientras que el primero recomienda al Gobierno norteamericano que considere seriamente la interrupción de los bombardeos de Vietnam del Norte y que incluya el problema vietnamita en el orden del día de las Naciones Unidas (1), puede leerse en la declaración de los obispos: «A la luz de los hechos, tal como han llegado a nuestro conocimiento, **SIGUE**

(1) De 750 delegados, 20 se pronunciaron contra este texto y dos firmaron una declaración contradictoria.



“vd. me conoce,  
mi nombre  
es chesterfield”

*(“Chester,” para los amigos)*



Encienda un Chesterfield. Disfrute del pleno sabor de tabacos seleccionados, curados y mezclados con el mayor esmero para ofrecerle un sabor mejor.

En España, Chesterfield se fuma más que cualquier otro cigarrillo americano, porque... ¡satisfacel Chesterfield sólo se fabrica en los Estados Unidos.

es razonable pensar que nuestra presencia en Vietnam está justificada» con la condición de «protestar claramente cada vez que la ampliación del conflicto se expone a sobrepasar los límites moralmente aceptables».

Este último texto no constituye, evidentemente, sino una posición media, un denominador común teóricamente aceptable por todos los católicos norteamericanos. No por eso deja de reflejar los sentimientos profundos de esa iglesia «cotizante» (como la llaman los que la quisieran más «militante»), de la que los cardenales Spellman (Nueva York) y McIntyre (Los Angeles) siguen siendo los símbolos. Al otro extremo de la gama se cuentan, ciertamente, una minoría de sacerdotes y religiosos muy activos en la lucha por la paz y los derechos cívicos de los negros. Esta minoría, sin embargo, no debe engañar: la batalla que libra en el interior de la Iglesia de los Estados Unidos es un combate de vanguardia, a menudo mal comprendido, cuando no provoca reacciones violentas, como en Chicago, donde el verano pasado un grupo de católicos racistas hizo objeto de malos tratos a varios sacerdotes y religiosos que participaban en una manifestación integracionista. Y es un sociólogo de Berkeley, el profesor Nathan Glazer, quien recordaba recientemente que si sólo el 10 por ciento de los estudiantes que militan en organizaciones conservadoras reconocen no pertenecer a ninguna religión, esta proporción alcanza el 50 por ciento para los que militan en el campo adverso.

## Los sindicatos y la guerra

Cualquiera que sea la respuesta que den, todos los medios deben interrogarse sobre la guerra de Vietnam de una manera o de otra. Incluso hay inquietud en el mundo sindical, que George Meany, presidente de la gran central AFL-CIO, hubiera querido colocar en bloque detrás de la Casa Blanca a cambio de ciertos compromisos muy concretos de Lyndon Johnson, como el de favorecer en el Congreso una enmienda a la legislación perjudicial a los intereses del sindicalismo. La crisis, y ahí está su ambigüedad, puede reducirse a la lucha que tienen entablada desde hace más de diez años George Meany y Walter Reuther por el control de la AFL-CIO. Pero el proceso que Reuther, presidente del sindicato de obreros del automóvil, hace contra Meany no es un proceso de intención: es cierto que desde la unificación del movimiento obrero norteamericano, en 1955, George Meany se ha revelado incapaz de arrancar



También en el seno del sindicalismo se refleja la guerra del Vietnam. Walter Reuther pudiera llegar a ser el líder antibelicista dentro de los sindicatos.

a la AFL-CIO de sus preocupaciones extrañamente limitadas, corporativas y malthusianas, de interesarla en problemas como los de la automatización, de hacerla participar más realmente en movimientos como el de la guerra contra la pobreza y el racismo, de sacarla de un anticomunismo sistemático, mucho más duro que el del departamento de Estado en muchas ocasiones.

Habiendo fracasado todas sus iniciativas en el interior de la AFL-CIO, ¿se consagrará Reuther únicamente al sector automovilístico que controla? La posibilidad no es descartada por algunos de sus colaboradores; ¿no juzgó inútil participar en noviembre pasado en una importante reunión del consejo ejecutivo de la AFL-CIO, de la que teóricamente sigue siendo el número 2? En este caso se le podrían unir cierto número de jóvenes responsables sindicalistas cada vez menos a gusto bajo el báculo de Meany, cada vez más conscientes también de la pérdida de influencia de la central, manifestada por las derrotas, en las últimas elecciones, de numerosos candidatos que apoyaba. Doscientos cincuenta de estos disidentes en potencia adoptaron en Nueva York una resolución criticando «la continuación de la escalada en Vietnam a riesgo de conflictos todavía más destructores y sangrientos». Este movimiento está sólo en sus comienzos. Si se desarrollase, proporcionaría tal vez una «base exterior» esencial para los enemigos de la guerra, confinados todavía en

los círculos intelectuales y en las Universidades.

## La regla del juego

Mientras la oposición a la guerra en Vietnam se limite a grupos marginales, será fácil para Johnson presentarla como la reacción de una minoría inconsciente y falta de realismo. Existe, sin embargo, en el mismo interior del Senado, un núcleo de hombres de valor que el Presidente no podría ignorar si sus protestas contra la escalada encontrasen un eco más amplio entre las «fuerzas vivas» de la nación: los demócratas Frank Church (Idaho), George McGovern (Dakota del Sur), Ernest Gruening (Alaska), Wayne Morse (Oregón), William Fullbright (Arkansas), Mike Mansfield (Montana), y algunos republicanos, entre ellos los senadores Hatfield (Oregón) y Brooke (Massachusetts), elegidos el 8 de noviembre pasado. Pero desde hace varios meses el desaliento parece haberse apoderado de estos hombres; la escasa repercusión de sus declaraciones, la actitud ambigua de un Robert Kennedy, para quien la suerte del Vietnam viene, sin duda, después de sus ambiciones presidenciales; las múltiples acusaciones veladas de «traición», cierta confusión también (el senador Mansfield ha llegado a proponer la suspensión de los bombardeos de Vietnam del Norte al mismo tiempo que la construcción de una barrera que aislaría al Sur, donde proseguiría la guerra), los imperativos de la

**U.S.A.**  
A LA HORA  
"V"

solidaridad de partido, por último, los han reducido al silencio. La palabra está cada vez más del lado de los «halcones», y es sobre todo con ellos con los que deberá contar el Presidente Johnson.

En el mismo seno de la Administración, es la tendencia «dura» la que prevalece: Walt Rostow, William Bundy, Dean Rusk eclipsan casi a un hombre como McNamara, del que se ha dicho que la guerra de Vietnam era «su» guerra. La escuela «economicista», que ve un mayor interés en las posibilidades comerciales ofrecidas por los mercados de Europa Oriental que en el aventurado conflicto asiático, se calla y espera, sin demasiada confianza, su hora, confiando en el «pragmatismo» de Johnson. Pero un defensor incondicional de la política del Presidente me ha dicho: «¿Por qué son contrarios a esta guerra ustedes los europeos? Son ustedes más papistas que el Papa. Fíjese en los países de Europa del Este: son muy razonables. Comprenden perfectamente que Hanoi se equivoca obstinándose. Quisieran que este asunto se resolviese para estrechar sus vínculos con nosotros... Ya sabe usted, nosotros no estamos contra el comunismo como tal, estamos sólo contra la agresión, favorecemos la cooperación de los bloques, incluso la cooperación con China, con tal de que ésta acepte el juego internacional».

Así, en nombre del «juego internacional», cuyas reglas pretende establecer y hacer respetar, Norteamérica se instala en la guerra como otros países sueñan con instalarse en la paz: en esta guerra en la que el más poderoso no utiliza toda su fuerza, como un gato que juega con el ratón para comérselo mejor unos minutos más tarde; en esta guerra, «moderada», pero sistemática, en la que solución política significa rendición del adversario, en la que victoria no quiere decir sino más ruinas, más muertos, más corrupción en Vietnam; más tomas de conciencia dolorosas en Estados Unidos, y si China pierde un día su sangre fría, un conflicto más loco y más cínico aún.

FIN